

El retorno de los lápices

Periodismo, prosa y algo más

Compilador: Lizandro Penagos Cortés

El retorno de los lápices

Periodismo, prosa y algo más



El retorno de los lápices

Periodismo, prosa y algo más

Compilador: Lizandro Penagos Cortés

El retorno de los lápices Periodismo, prosa y algo más / Compilador Lizandro Penagos Cortez; Catalina Villa, Gerardo Quintero Tello, Lina Álvarez, César y otros quince más-- Primera edición.-- Cali: Programa Editorial Universidad Autónoma de Occidente, 202. 2 páginas, ilustraciones.

ISBN: 978-958-619-090-0

1. Periodismo. 2.. 3.. 3.. I. Penagos Cortez, Lizandro, compilador. II. Universidad Autónoma de Occidente.

070.4- dc23

El retorno de los lápices.
Periodismo, prosa y algo más.

© Catalina Villa, Gerardo Quintero Tello, Lina Álvarez, César Polanía, Ana María Ramírez Gómez, Valentina Parada, Lizandro Penagos Cortés, Guido Jácome, Paola Gómez Perafán, Mateo Uribe Sáenz, Ana María Saavedra, Valentina Echeverri, María Fernanda Lizcano, Rodrigo Rodríguez, Ximena Serrano Gil, Marino Aguado Varela, María Antonia González Echeverri, Sonia Giraldo Velásquez, Jair Villano

ISBN *ePub*: 978-958-619-090-9

ISBN *pdf*: 978-958-619-091-6

Primera Edición, 2022

© Universidad Autónoma de Occidente
Km. 2 vía Cali-Jamundí, A.A. 2790, Cali, Valle del Cauca, Colombia.

El contenido de esta publicación no compromete el pensamiento de la Institución, es responsabilidad absoluta de sus autores. Tampoco puede ser reproducido por ningún medio impreso o digital sin permiso expreso de los dueños del Copyright.

Personería jurídica, Res. No. 0618, de la Gobernación del Valle del Cauca, del 20 de febrero de 1970. Universidad Autónoma de Occidente, Res. No. 2766, del Ministerio de Educación Nacional, del 13 de noviembre de 2003. Acreditación Institucional de Alta Calidad, Res. No. 16740, del 24 de agosto de 2017, con vigencia hasta el 2021. Vigilada MinEducación.

Gestión Editorial
Vicerrector de Investigaciones, Innovación y Emprendimiento
Jesús David Cardona Quiroz

Jefe Programa Editorial
José Julián Serrano Quimbaya
jjserrano@uao.edu.co

Coordinación editorial
Pamela Montealegre Londoño
Jorge Ivan Escobar Castro
jiescobar@uao.edu.co

Diagramación y diseño
Edward Leandro Muñoz Ospina

Diseño epub:
Hipertexto - Netizen Digital Solutions

CONTENIDO

El retorno de los lápices. Periodismo, prosa y algo más

Gente con mente

Sonata del olvido: homenaje al maestro Antonio María Valencia
Catalina Villa

Tras las huellas de Larry Landa
Gerardo Quintero Tello

Los secretos bajo el sombrero de 'Visitante', fundador de Calle 13
Lina Álvarez

"Siempre he sido mañoso, pero no desleal": Fernando "Pecoso" Castro
César Polanía

Así se vivió en Guachené el debut como titular de Yerry Mina con el Barça
Ana María Ramírez Gómez

Pal Ezio, el cura europeo que se quedó para siempre en Toribío
Valentina Parada

Ahí les dejó esos libros. Adiós a Alfredo Molano
Lizandro Penagos Cortés

Adiós a la guerra

"Mi hijo no es despedida de nadie"
Guido Jácome

La verdad del más invisible de los delitos de la guerra en Colombia: la violencia sexual
Paola Gómez Perafán

¿Quién será mi hijo?

Mateo Uribe Sáenz

Al San Juan la paz aún no llega

Ana María Saavedra

El exguerrillero más pequeño de las Farc-Ep que busca ser más grande que la guerra

Valentina Echeverri

Oro, madera y religión: amenazas para pueblos indígenas aislados en Colombia

María Fernanda Lizcano

Otras prosas sabrosas

Bonnie y Clyde en la era digital

Rodrigo Rodríguez

El Trampolín de la muerte: camino de incorporación violenta de la Amazonía al Estado

Ximena Serrano Gil

La fiesta popular: un museo vivo

Marino Aguado Varela

Sobre arte y resistencia

María Antonia González Echeverri & Sonia Giraldo Velásquez

“El cadáver insepulto”

Juan Carlos Romero

Una lectura amorosa de En busca del tiempo perdido. A 148 años del nacimiento de Marcel Proust

Jair Villano

Nota al pie

El retorno de los lápices

Periodismo, prosa y algo más

Tal vez nos convirtamos en sirvientes de la Cibernética. Pero sentimos que siempre sobrevivirá en algún lugar de la tierra un hombre distraído que dedique más horas al ensueño que al sueño o al trabajo y que no tenga otro remedio para no perecer como ser humano que el de inventar y contar historias.

Juan Carlos Onetti (1909-1994)

Antropófagos. Ese es el término despectivo con el que algunos críticos califican la sevicia con la que el periodismo nacional se ensaña con temas absurdos, triviales e intrascendentes –y en los que además se sugiere reposa la construcción social de la nación–, como los que suelen ocupar cada día los grandes titulares de los medios de comunicación en Colombia. Una apreciación injusta, porque el buen periodismo pervive como la necesidad cavernícola de contar historias alrededor del fuego. Es probable que los criterios de noticiabilidad suelen estar más del lado de lo intrascendente y las audiencias insaciables –amaestradas para consumirlos– pidan más y más de lo que menos importa. Pero siempre habrá un puñado de inactuales dispuestos a narrar con pasión y otro tanto a leer con fruición. Esa antropofagia mediática, por

supuesto, encierra otros fenómenos como la incoherencia social, la incongruencia moral y la inconveniencia económica, sin embargo, no ha podido socavar la compleja simplicidad de disfrutar un buen texto que nos sumerja en una historia apasionante y verídica.

No faltará quien argumente que las historias cotidianas, las que le suceden a personas del común, a quienes más que vivir sobreviven, son más humanas, le ponen rostro a la tragedia nacional, logran comunicar mejor las situaciones sobre la degradación ética, moral, incluso religiosa, y retratan la intolerancia y la violencia en la que está sumido nuestro país. El problema no es registrarlas, sino ensañarse con ellas. En todas hay noticia, sin duda, pero no suceso. Pueden ser extraordinarias, es decir, se salen de lo común, pero no deberían determinar un cubrimiento tan extenso, pues no versan sobre cuestiones fundamentales. Esta antología -como todas incompleta- trasciende el registro, porque son historias que le ponen rostro a la noticia, pero también espíritu y alma a los sucesos que de ellas se desprenden. De hecho, muchas de ellas fueron registradas por otros medios pero alcanzaron su verdadera dimensión a través de la buena escritura.

Todo el periodismo, incluso el mal hecho, permite sondear la sociedad a la que pertenece y sus niveles de construcción o devastación; pero cuando se hace bien, con fundamentos éticos e investigación, cimentado en los principios que rigen el deber ser social, anclado en los valores humanos y en sus derechos, el buen periodismo es el faro desde donde se guía a la sociedad y se enciende la luz bajo cuyo amparo se escribe la historia. Es incuestionable que los medios de comunicación deben hacer saber lo que pasa, el problema es que se dedican

sobre todo a hacer creer y a hacer sentir superfluo, con muy poco criterio y bajísima investigación en procura de acercar al conocimiento. Hay excepciones por supuesto y suficientes como para creer que el buen periodismo no solo sobrevivirá a tantos avatares, sino que se fortalecerá gracias al advenimiento tecnológico que difumina los trazos del lápiz censor.

Pues bien, esta antología -reitero, como todas incompleta e injusta- es una muestra de cómo a pesar de dicho avasallamiento de la tecnología, el periodismo escrito bien elaborado -con creatividad, análisis y experimentación de posibilidades narrativas y estructurales- es un insumo básico que se alinea con aquellos con los que se erige la historia; al margen de los vertiginosos cambios en los modelos de producción, narración y difusión de la industria mediática, la narración excelsa sigue conquistando a las audiencias contemporáneas. Esto ocurre porque la promocionada transformación digital pasa más por el cambio de mentalidad, que por la permanente actualización tecnológica. La cibernética -nadie puede negarlo- facilita algunas cosas, pero no podemos convertirla en el nuevo Dios que todo lo soluciona. La humanización del periodismo y de sus historias no es una cuestión de máquinas, sino de seres humanos sentipensantes, como nos dejó dicho el maestro Eduardo Galeano (2000). Desconocer que los avances científicos nos han mejorado la vida sería como volver a la compresión en el cuello hasta que el paciente pierda el conocimiento como la más eficaz forma de anestesia. Sin embargo al periodismo lo salvan los inactuales en medio de esta carrera frenética hacia el desarrollo que relega también al progreso.

Por cuenta de la televisión -el miembro más importante de la familia en palabras del maestro uruguayo (Galeano, 1996)- y el creciente tráfico de video en Internet¹, poco a poco caemos en la quimérica ilusión de que ver es comprender y asistimos impávidos a la imposición de los criterios emocionales desnudos como superiores a los argumentos racionales. La posmodernidad ansiosa persigue el señuelo implacable de la tecnología con una asombrosa pasividad. Ya casi nada escapa a una cámara, todo queda grabado, la tecnología ha creado un mundo esquizofrénico en el que entre el individuo y lo global no hay nada, solo impacto mediático. La diferencia entre lo normal y lo anormal se diluye en darle a la gente lo que quiere, no importa lo que sea. Y la gente está dispuesta a ver lo que sea, menos a sí misma. Entretanto la educación, más que abrir caminos, impone barreras, y la inteligencia y la habilidad ahora se le endilgan a los aparatos y a las corporaciones. El modelo se repite y las ideas desechables se viralizan sin encontrar el camino al pensamiento crítico y eficaz.

Lo preocupante es que lo peor está siempre por venir. La reinención pareciera ser más de lo mismo, pero con tapabocas y más miedo. Lo esperanzador es que siempre habrá quienes cuenten historias extraordinarias y fantásticas, que en la ficción son producto de la invención y en el periodismo son el resultado de la entrenada búsqueda del hallazgo detonante, de la pesquisa del detalle, del elemento diferenciador, de la narración asombrosa que logra comunicarse con el corazón de los lectores, en suma, de eso que se conoce como 'olfato periodístico' y arroja para la posteridad piezas que pueden llegar a ser clásicas si se rescatan del olvido cotidiano de lo periódico. Como

son ajenas, las recomiendo. Son interesantes, divertidas, profundas, pero ante todo bien escritas.

No se aprende periodismo solo en la academia, allí se funden las bases, pero las columnas y las paredes de esa libre prisión se levantan en la calle, en la sala de redacción, en el diálogo cotidiano con la gente, en las lecturas y hasta en las noches de bohemia donde pensamos que es posible cambiar el mundo. Un periodista se forma mientras informa. O se deforma, si no es un adicto a la investigación. Si no es un enfermo del dato y de la cifra. Si no lee y tiene referentes. Todos los aquí compilados son egresados de la Universidad Autónoma de Occidente en Cali y apasionados periodistas que se niegan a escribir para el olvido, a los que la pirotecnia tecnológica no les hace prescindir del fuego creativo, ni el resplandor de una pantalla, del refulgente brillo de una frase memorable. Son esas plumas excelsas cada vez más escasas, esos lápices que retornan ahora con más años y más oficio, con más canas y menos pelo -en algunos casos-, con hijos de carne y hueso y de palabras, con más recorrido y menos vanidad, con más experiencia, pero con el mismo ímpetu por al arte de narrar, de contar historias y conmover con un tipo de periodismo que más que producir contenidos para venderse a punta de likes, se preocupa por generar sensaciones y apasionar lectores.

El ejercicio consciente del periodismo seguirá como los ciclones formándose en el mar de las letras, girando sobre sí mismo para crecer y proyectarse en la atmosfera social, afectando positivamente lectores que como islas se rodean de buena escritura e información, y ojalá, convertido en ese huracán del periodismo literario que logró introducirse en todo el continente. Con hombres y mujeres que son buenos seres humanos, pero que sobre todo son la suma de lo que

el periodista no es: historiador, sociólogo, profesor, antropólogo, mensajero, psicólogo, científico, novelista, político y hasta buen antropófago, porque alimenta sus historias con espíritu humano. Vale la pena evocar la caricatura espléndida del lápiz que tiene punta y borrador, carboncillo y madera, que escribe y edita, que crea y renueva, que profesa y borra, que construye y arrasa, que reconstruye y transforma, en suma, que es el símbolo de la escritura misma, con la que un manojito de egresados respondió a la convocatoria de ofrecer textos que reivindicuen el ejercicio periodístico impreso.

Los periodistas que dedican tiempo al ejercicio de la escritura son trabajadores solitarios que se enfrentan a la página en blanco con la idea romántica del que quiere transformar el mundo, que laboran en medios donde el trabajo en grupo es la norma que subvierten para encerrarse a escribir esa historia que se niega a ser para el olvido. Se mueven entre la presión del día a día, la hora de cierre, los enfoques del editor, las presiones del contexto, los intereses del medio y un etcétera con el que se han escrito infinidad de crónicas, por el solo placer de narrar la vida como la conciben. Aquí hay solo un pellizco de ellas, una muestra pequeña pero significativa de la calidad escritural de un puñado de seres que escriben con pasión y arrojo en este mundo de tiempos extraños. Todos rigurosos, preocupados por las formas de la narración y del lenguaje, arañándole tiempo a su tiempo y a sus otras pasiones para entregarnos esta piezas que se perfilan como modelos de esfuerzo investigativo, de plena dedicación y de compromiso con el lector. De ahí el regreso de los lápices, la vuelta a la esencia de la buena narración periodística, la que se detiene en el detalle sin perder su rumbo, la que sorprende en cada giro, esa que se pinta con escenas y

conmueve porque es capaz de dibujar con palabras, de trabajar con las sensaciones y los pensamientos. Es probable que en esta recopilación, siempre parcial, esté agazapado algún clásico al que solo el tiempo y la depuración de los lectores acuciosos colgará la esquivada medalla de la posteridad que tienen los que escriben desde las entrañas.

Plumas que hacen o han hecho parte de grandes medios: *Semana*, *Semana Rural*, *Arcadia*, *Don Juan*, *Gaceta*, *El Espectador*, *El Tiempo* y *El País*, entre otros internacionales y universitarios que abrieron sus espacios al periodismo que construye historia; y también de algunos que podrían calificarse como aves de corto vuelo, pero que tienen aspiraciones de volar alto: *Ciudad crónica*, el blog del *Noticiero 90 Minutos* y el portal *El Giro*. En una primera parte los textos se aproximan al perfil, a la historia a través de un personaje. ¡Y qué personajes!

El primer capítulo, *Gente con mente*, comienza con un texto en el que Catalina Villa hace sonar la vida de Antonio María Valencia con una cadencia abrumadora que parece una broma. Un músico adelantado a su tiempo, una existencia cuya banda sonora explota como la percusión, pero relaja con las armonías de las cuerdas, al tiempo que tranquiliza con los vientos consonantes que llevan al lector al compás de una partitura que merece varios minutos de silencio, de trompeta homenajeante.

La música y el narcotráfico se encuentran en una descarga de sonido bestial en la narración de Gerardo Quintero, sobre un hombre que no necesitó mucha vida para convertirse en una leyenda de la rumba y en el rebautista de Cali como capital de la salsa: Larry Landa. Un ser con una vida extraña que se movió entre la gesta cultural y el

bajo mundo del negocio ilícito. Cada línea de esta historia intenta despejar dudas que terminan por sembrar otras, más interesantes y fabulosas, que tejen ribetes míticos alrededor de una persona que puso a sonar en Cali a los más grandes salseros del momento e hizo que viajaran de los acetatos a los rumbeaderos, para que todos comprobaran que era posible hacer realidad los sueños.

La variedad musical la complementa otro texto maravilloso que deja ver la cara oculta de Calle 13, una agrupación que transformó la escena musical latinoamericana e irrumpió con sonidos y temáticas que son fusión plena. El hombre detrás del vocalista, el de las líricas y las innovaciones, el que también compone y arregla, diseña y experimenta, el cerebro detrás de René Pérez Joglar, Residente, el showman. Lina Álvarez logra expresar la potencia escénica de quien está en la retaguardia, de aquel al que no encandila el flash ni es buscado por los paparazzi, porque está ocupado pensando en cómo salirle al encuentro a la música que siempre toma caminos diferentes que solo encuentran los genios. Eduardo Cabra Martínez, Visitante, es expuesto desde los acordes de una actividad que lo rige todo en su vida: la música.

César Polanía se anota un golazo con la historia de Fernando el “Pecoso” Castro, un hombre polémico y temperamental que termina por confesarse como un tímido feligrés ante las arremetidas de un entrevistador bien informado que oficia como sacerdote consagrado al periodismo ortodoxo, pero moderno. El técnico de fútbol da paso al hombre, al padre, al hijo, al ser humano sensible y fogoso, pero con carácter y amoroso; su vehemencia se convierte en una revelación constante, un desahogo de aquello que la investigación ha sugerido para saber más del

personaje que todos creen conocer. Nunca se rompe ni el respeto ni la cordialidad en esta pieza.

La negredumbre emerge con toda su fuerza en el relato de Ana María Ramírez, que desde su orgullosa condición afro logra comunicar toda la alegría, pero también toda la tristeza y desesperanza que rodea la vida casi imperceptible de los habitantes de un pueblo como Guachené que, desde el norte del Cauca, exporta futbolistas como el gran Yerri Mina al Barcelona. El debut del hombre ejemplo, del orgullo, de la sensación, del hijo de este terruño que más alto ha volado, se cuenta como la narración de un partido interminable que juegan quienes sueñan con llegar por lo menos al fútbol profesional. Por eso unos guayos y una cancha en mal estado se convierten en el escenario donde se desarrolla esta historia, casi la única alternativa de estos muchachos para poder torcer el destino.

También en el Cauca, un departamento azotado por todas las violencias, Valentina Parada volteó la ecuación e hizo que un padre ítalo-esloveno le confesara por qué se quedó en una población en la que ya se perdió la cuenta de los hostigamientos y tomas guerrilleras. Un hombre que ha vivido muchas las guerras, que ha contado muchos muertos, pero que no pierde ni la fe ni la ilusión. El perfil de Pal Ezio Guadalupe Roattino es un ejercicio de escucha desprendido de protagonismo, donde la periodista se dedica a esa manera olvidada de mirar que es la atención de quien nos habla. Un texto equilibrado y profundo, espiritual y descarnado, desgarrador y esperanzador.

Este capítulo cierra con una columna sobre Alfredo Molano donde el hombre que fusionó tantos saberes como disciplinas, tantos caminos como explicaciones, tanta

interpretación como testimonios, se expone como el ser que dejó al país una visión de esta Colombia trágica y extraviada en tantas violencias. Todas sus verdades resumidas en una honestidad para narrar desde los recorridos y las experiencias, los trabajos de campo y el diálogo con la gente, con toda la gente. Muchas historias de vida que convirtieron la suya en una depositaria de esa verdad esquiva que es la primera víctima de cualquier guerra. Un obituario esperanzador es algo tan extraño como la mirada de Molano, infinitamente triste, pero efectivamente certera.

Luego vienen, en el segundo capítulo, una serie de textos reunidos bajo esa ilusión que arroja a la mayoría de los colombianos, más allá de ideologías y plebiscitos: *Adiós a la guerra*. Una alusión al *Adiós a las armas* del gran Ernest Hemingway que como pocos dio ese salto del periodismo a la literatura e inscribió su nombre en la evocación de los obligados clásicos. No en vano se alzó con el Pulitzer y el Nobel, para que no quedara duda de esa magnífica y acertada transición. Guido Jácome, un periodista que luego tomaría el camino de la narración cinematográfica, despunta con *Mi hijo no es despedida de nadie*, una pieza que representa el drama inacabado de lo que no tiene nombre: la muerte de un hijo y el dolor sin medida de una madre. Con un texto adicional escrito 22 años después para saber y comprobar lo poco que han cambiado las cosas.

¿Quién será mi hijo? no hace más que reforzar la idea desgarradora de perder lo que ha llegado amarrado a este mundo y se desprende de un tajo del cordón umbilical sin desligarse nunca. La búsqueda de una madre que no cesa en su empeño de encontrar a su hijo en medio de una guerra fratricida que lo reclutó para las filas de las Farc-Ep